# Capítulo 1

Hesíodo bostezó. La guardia se le estaba haciendo particularmente larga esa mañana. Quizás se debía a que los remolinos de arena azotaban con singular violencia ese día y desde su desprotegido puesto en la muralla golpeaban con fuerza. Ni siquiera la tienettus, su visera de soldado reglamentaria, conseguía quitarle de encima la incómoda sensación de que la arena se burlaba de él y jugaba a darle bofetadas, ahora por un lado del rostro, de repente por el otro.

Hesíodo bostezó de nuevo, esta vez con menos disimulo, dado que nadie podía verle la boca cubierta con el pelio. Es posible que simplemente se sintiese cansado. Acababan de terminar los tres días de festividad mensual dedicados a la diosa Selene y sus deberes conyugales le habían separado de la cama sólo el tiempo suficiente para orinar. Hasta las comidas las habían realizado en el lecho.

El joven guardián sonrió. Fue la suya una sonrisa autosuficiente, de aquel que está convencido del trabajo bien hecho, pero también era una mueca socarrona, algo burlona. Sus padres le escogieron como mujer a una joven realmente fogosa. Cierto, tímida, pero muy deseosa de complacerle. Detrás había un deseo acuciante por concebir un hijo, algo que ambas familias deseaban con ganas, pero Hesíodo estaba tranquilo pues apenas llevaban tres lunas casados y les quedaban casi tres ciclos de fertilidad para poder tener un hijo, o quizás dos.

—¿En qué estás pensando?

Aquella voz le devolvió a la realidad. Hesíodo solía olvidar que tenía un nuevo compañero de patrulla desde hacía casi dos lunas. El gentil Samos, de apenas quince ciclos de edad, acaba de ingresar en la Brigada de Guardianes y absorbía todo lo que Hesíodo decía, tuviera o no que ver con el trabajo.

—Estaba pensando en cuánto quedaría para el cambio de guardia.

—Estás agotado, ¿eh? —Samos sonrió con amabilidad, pese a que con el pelio y la tienettus sólo se le veían los ojos.

—Por el divino Zeus que sí. Toda la Brigada de Guardianes piensa que es una ventaja ser fértil para poder estar exento de trabajar durante las festividades de la diosa Selene, pero ahora mismo cambiaría mi fertilidad por una cabezadita.

—Cuando asciendas a Faneador podrás hacerlo, eres muy listo, no tendrás que esperar mucho. —Y Samos miró con algo de envidia el cuartito donde su superior más inmediato, el Faneador Roddo, se protegía del inclemente sol.

De repente, una sombra en la lontananza desvió la atención de Hesíodo. A la mayoría de la gente se le habría antojado una simple ilusión producida por el constante movimiento de las arenas, pero su ojo de experto tras tres ciclos sirviendo como Tropa en la Brigada de Guardianes le había vuelto, si no un avezado intérprete de las formas del desierto, sí por lo menos un diestro y rápido discernidor de lo que era realidad de lo que era ficción.

No obstante, antes de dar el aviso, se cercioró de que aquellas formas contoneantes que se acercaban perezosas por entre las dunas eran efectivamente lo que esperaba que fueran. Nada desagradaba más al Faneador Roddo que le molestasen cuando estaba haciendo el informe a la hora de mesón heméras, cuando el dios Helios les miraba justo desde arriba. El dios abrasaba con crueldad a aquella hora y la excusa de los informes era su oportunidad de poder ponerse a cubierto en el cubículo de descanso y, Hesíodo estaba seguro, echarse una cabezadita.

Hizo un gesto a Samos y le señaló el horizonte. Si no era nada, quedaría entre ellos; si era algo bueno, tenía un testigo de que molestaría a Roddo por una buena razón.

Samos ya era adulto. Pero, quizás porque aún no había alcanzado la edad del Casamiento, su inocencia podía más que su sentido marcial y miró a Hesíodo con admiración, como tenía por costumbre.

—¡Eres fantástico, Hesíodo, no se te pasa una! ¡La titánide Tea te ha bendecido con el don de la vista!

El aludido se encogió de hombros fingiendo una modestia que no sentía. A veces, la candidez de su compañero le exasperaba. Aunque en general, que existiera alguien de su entorno que estuviera más atento a sus logros que a sus fallos era gratificante.

Hesíodo no era tonto y sabía que parte de la admiración que Samos sentía por él tenía que ver con los picantes relatos sobre proezas de alcoba que le contaba casi a diario. Samos era tímido, no tenía muchos amigos y su familia la constituían mujeres casi por completo, así que estaba encantado de gozar de su. Hesíodo, por su parte, había pasado ciclos torturado con lo que él estaba seguro de que eran más cuentos que verdades, de su hermano Hélido, y sus aventuras con mujeres, y estaba deseoso de contar las suyas propias. Dado que su hermano estaba descartado como confidente, el dulce y leal Samos era una buena opción.

—Voy a bajar a informar de que se acerca una caravana —dijo Hesíodo mientras empezaba a descender el primero de los varios centenares de escalones que le separaban del portón principal por el que dentro de un rato cruzaría la caravana.

Para una caravana cualquiera, con los pertinentes permisos para entrar, la presencia de cualquier soldado que gestionara el acceso se consideraba adecuada. Hesíodo se sintió tentado de hacer tocar la campana para que sus compañeros de abajo la escuchasen y recibieran ellos mismos a los comerciantes, hasta que oyó la voz de Samos diciendo:

—¿No se te antoja una caravana algo grande?

Hesíodo se dio la vuelta rápidamente y se acercó a la imponente muralla, oteando detenidamente el horizonte.

—¡Por Artemisa, ha vuelto!

Samos imitó los gestos de su compañero y miró lo que ahora se veía claramente como una bien pertrechada caravana, mientras preguntaba:

—¿Quién ha vuelto?

—Ilina, la gran Ilina ha vuelto. Todos la dábamos por muerta.

—¿Quién es Ilina?

Hesíodo se volvió bruscamente hacia él:

—¿No sabes quién es Ilina? ¿la gran comerciante? Todo el mundo conoce a Ilina, sus intrigas con los nobles, su escandaloso pasado y sus grescas con Rhino.

—¿Rhino, el Engendrado?

—El mismo.

—Mi familia pertenece al Gremio de los Canteros, que está en el otro extremo de la ciudad. No había visto una caravana hasta que empecé a trabajar aquí —se excusó Samos.

—¡Eso ahora no importa, hay que dar aviso inmediatamente!

—Por supuesto, señor —Samos se cuadró pese a que el nerviosismo de Hesíodo se le había contagiado—. ¿Toco la campana?

—Sí, sí, toca la campana. Yo bajaré a avisar al Faneador y a recibir a la caravana. Es mi obligación, soy el primer avistador —. Al momento recordó que había otro detalle aún más importante que avisar a la Guardia o informar al Faneador, y esto era encontrar a Rhino y avisarle de que la caravana, con su preciada mercancía, estaba a punto de llegar a la ciudad.

Cabía la posibilidad de que el Jefe de los Suburbios del Área Oeste ya estuviera enterado de que la caravana llegaba aun cuando esto resultase casi imposible de saberse, pero si algo aprendía uno rápido sobre Rhino el Engendrado es que sabía todo lo que pasaba *dentro* de la ciudad.

«Pero no *fuera* de la ciudad, pensó Hesíodo y frenó en seco, si soy el primero en informarle me deberá un favor y si hay algo tan bueno que se pueda comparar a un trago del prohibitivamente caro vino de néctar es un favor de Rhino». Se dio la vuelta y, con tono suave, pidió a Samos— Por favor, baja a la plaza y encárgate de los Aduaneros, tengo quehacer.

Hesíodo realizó las formalidades casi de manera chapucera. El proceso de avisar al Faneador, dar el parte a los soldados de la puerta e informar al Aduanero, solían llevar el suficiente tiempo como para que su ausencia en la muralla no resultase llamativa, pero Hesíodo esperaba que la llegada de una caravana, y no de una cualquiera, fuese motivo suficiente como para que las libertades que ahora iba a tomarse no se advirtieran. Eso, y que Samos le cubriría las espaldas.

La sensación que uno tenía cuando entraba en la taberna Hécate era la misma que cuando lo hacía en cualquier otro establecimiento del mismo estilo. Una simetría chocante. La puerta de la calle en medio, la barra al fondo, dividida en dos partes con un espacio detrás para acceder al piso superior. Largas mesas y pequeños reservados ocupando todo el espacio.

Esta simetría se terminaba al ascender al primer piso, lugar de encuentro de forajidos, así como zona de almacenaje. También era la vivienda de Parmmenius, el fornido bodeguero, dueño de Hécate.

Hesíodo había llegado sin resuello a la taberna. Las fuertes risas que oyó en su interior le hicieron vacilar un momento, pero sólo fue un instante. Empujó la puerta y se adentró en el establecimiento. Su uniforme reglamentario de Guardián en color verde y marrón y su insignia de metal y cuero, el Sol Dorado y la Espada, sobre el hombro derecho, que tan rápidamente le habían facilitado el paso por las calles ahora le hacían sentirse fuera de lugar. Sabía que tanto su rango como su presencia en solitario allí le convertían directamente en un informador.

No es que le preocupara el hecho. Casi todos sus compañeros habían pertenecido o tenían familiares que pertenecían a estamentos sociales muy humildes y, aunque no era el caso de Hesíodo, era frecuente que trabajaran esporádicamente para el Gremio de Ladrones. De hecho, si alzaba la vista, podía ver a Loas y Rixto, dos compañeros de la Brigada de Exploradores, con sus uniformes en rojo y marrón y su insignia, el Sol Dorado y la Antorcha, departiendo animadamente en una mesa con otros dos que, a todas luces, pertenecían al Gremio de Ladrones.

La taberna Hécate estaba llena en ese momento. Muchos de pie, algunos sentados, todos bebiendo. Hesíodo distinguió en uno de los grupos de parroquianos, arracimados en torno a uno de los reservados, a una figura alta e imponente. Joven, aunque sin duda ya fuera de la edad fértil, si es que había llegado a conocer esa época, con el pelo cortado según la moda del momento: rapado por arriba y recogida la melena en una coleta baja. Esta estaba decorada con tiras de colores cálidos, naranjas, amarillos, rojos, como separando el pelo en secciones horizontales. La barba, aunque limpia, se veía recortada sin mucho tino y de la parte superior de la ropa se apreciaba una abundante mata de pelo muy oscuro, que amenazaba con seguir trepando cual enredadera hasta juntarse con la barba.

Era más alto que la media, no sólo de los parroquianos, sino de cualquiera en Arcadia. A su altura acompañaba un cuerpo exageradamente musculoso en el que destacaban los fornidos brazos. Hesíodo estaba acostumbrado a cubrirse mucho el cuerpo, resguardándose de la arena, el sol y el viento. Ahora se asfixiaba de calor y miraba al corpulento hombre con envidia quien no lucía más que un breve quitón como única vestimenta, como si deliberadamente mostrara sus músculos a todo el que quisiera admirarlos. Se sujetaba esta prenda con dos fíbulas, una el símbolo de su Casa, el Ojo tapado con Tres Dedos juntos, cuyas yemas miraban hacia fuera, y en el otro el símbolo de Hermes, protector del Gremio. En el cinturón se podía leer grabado el lema del Gremio al que pertenecía: Siempre Te Vemos. El soldado tuvo que reconocer, muy a su pesar, que aquel hombre era irresistiblemente atractivo; no paraba de gesticular y sonreír mientras encandilaba a su público con el relato de alguna obscena aventura. Se fue acercando a él poco a poco, deseoso de poder llamar su atención, pero en ningún modo dispuesto a ser quien interrumpiera la historia.

—Háddonis, me temo que tienes que interrumpir tu relato, tenemos visita.

La voz que había pronunciado esas palabras provenía de uno de los bancos de un reservado. Desde donde Hesíodo se encontraba apenas podía percibir más que unos pies enfundados en unas krépis de buena tela con cordones de color neutro entrelazados en los tobillos, pero la voz era inconfundible.

—Perdona que te moleste, Rhino, y disculpa que interrumpa el relato, pero tengo una noticia muy importante que comunicarte y lo que es mejor, te aseguro que es primicia absoluta.

—No te disculpes, estoy seguro de que la mitad del relato de Háddonis es mentira —siguió hablando la voz.

—¡Que Helios me abrase si miento! —gruñó Háddonis— ¡Ese hombre me dio permiso para yacer con su mujer! —Hizo un gesto de indignación y lo recalcó dando un puñetazo en la mesa.

—Y también te ofreció vino de néctar después —rio otro de los presentes, un joven bajito, también peinado a la moda y cuyo corto cuello le hacía parecer más bajito aún de lo que era.

—¡Todavía no he llegado a esa parte! —protestó Háddonis, provocando la hilaridad de sus compañeros.

—Aun así, Haddo, algo me dice que las noticias que nos trae Hesíodo son importantes.

El soldado se quedó boquiabierto. Consiguió balbucear:

—¿Cómo sabes que soy yo?

Las krépis y los pies que las cubrían bajaron de la mesa y su propietario se puso en pie. Hesíodo miró a los ojos a Rhino el Engendrado mientras él le decía:

—He reconocido tu voz. Hablamos hace unas cuatro lunas cuando te destinaron a la muralla Norte, dentro del Área Oeste. Eres el hijo menor de Damon, el Bateador de Brigada.

Hesíodo enrojeció y no sólo por el asombro. A su estricto padre, Damon, veterano Bateador de Brigada, no le haría gracia saber que uno de sus hijos había visitado a Rhino.

El asombro de Hesíodo creció por momentos al darse cuenta de que Rhino le había reconocido tan sólo por su voz. Cuando se conocieron habría tenido la cara tapada con el pelio, la máscara reglamentaria de patrullar, que evitaba los estragos del viento y la arena. Rhino no habría podido ver su rostro. Acababa de confirmar en primera persona una de las leyendas que se contaban sobre el famoso Rhino, tenía un oído especialmente agudo y entrenado. Se desabrochó el pelio soltando las dos fíbulas y su rostro quedó a la vista. El aspecto de un anodino, pero varonil soldado.

«Eso es algo bueno», pensó el soldado, «porque su físico no ayuda mucho a su leyenda».

Rhino era delgado, posiblemente demasiado delgado, no muy alto y con manos y pies pequeños. Aunque de mirada profunda y dentadura perfecta, la cara era algo ratuna y chocaba con la profusa mata de pelo oscuro que caía a gruesos mechones tapándole las orejas. Iba completamente afeitado y estaba claro que no le importaban las modas ni de vestimenta ni de peinado. Lo único que denotaba a dónde pertenecía era el broche de su Casa, el famoso Ojo tapado por Tres Dedos, que lucía en el pecho. El célebre jefe de la banda de forajidos del Área Oeste de Arcadia era un muchachito escuálido de dieciséis ciclos.

—Oigamos esa noticia —dijo el joven jefe.

—¿Cómo dices? —Hesíodo casi había olvidado de por qué estaba allí.

—Has dicho que era importante —matizó Rhino—. Si hemos interrumpido el relato amoroso de Háddonis…

 —¡Y ahora venía la parte golosa! —interrumpió el aludido— podría apostarme todas las lupas que quedan en mi bolsa a que os quedaríais boquiabiertos.

 —Efectivamente —rectificó Rhino—. Si hemos interrumpido el relato de mi primer lugarteniente en su momento más goloso será para informar sobre algo importante.

—Lo es —Hesíodo cogió aire—. La caravana de Ilina ha regresado.

Los murmullos a su alrededor fueron perfectamente audibles. Se oyó mascullar alguna maldición y algunas monedas cambiaron de mano. Rhino apenas se inmutó, pero sus ojos brillaron con una intensidad que muchos conocían muy bien. Eran el centelleo de un maquinador, de una persona que está disfrutando del momento, saboreándolo, aun cuando está elaborando simultáneamente un plan. De hecho, tratándose de Rhino, sólo pondría en movimiento una maquinaria lista y engrasada desde hace tiempo.

Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a elevar ligeramente los ojos y dos figuras detrás de Hesíodo se movieron. Se oyó la puerta de la posada abrirse y luego cerrarse y entonces Rhino se dirigió hacia la barra con intención de subir al piso de arriba. Un reducido número de hombres le siguieron. Antes de desaparecer por la escalera asomó la cabeza y dirigiéndose a Hesíodo le dijo:

—Gracias por la noticia. Te debo un favor. Disculpa si me ausento, pero debo prepararme. Por favor, come algo, invita la casa.

Hesíodo miró las ollas. Los olores que emanaban de los pucheros eran tan suculentos como un vómito de borracho tras la festividad de Dioniso, pero la gente de Arcadia no solía estar acostumbrada a nada mejor. Por el contrario, Hesíodo llevaba el suficiente tiempo en la Brigada de Guardianes como para haberse acostumbrado a comida decente, pero se dijo que siempre era mejor el olor a estofado de rata que el olor corporal de los parroquianos.

—Te lo agradezco, Rhino, pero tengo que volver al puesto de guardia antes de que noten mi ausencia.

—Haces bien, amigo, Parmmenius es un gran hombre, pero su estofado es espantoso —Y con esta declaración que arrancó una carcajada del aludido, desapareció escaleras arriba.

Hesíodo se quedó unos segundos mirando la puerta por donde había desaparecido Rhino y, tras soltar un respingo, salió a todo correr de la taberna, acompañado de las risas de los clientes.

Al momento, se palpó la cabeza dándose cuenta de que se le había caído la tienettus en la bodega y chasqueó la lengua con disgusto. Al darse la vuelta para volver se encontró a su compañero Samos tendiéndole la prenda. Su mano temblaba considerablemente, así que Hesíodo le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas en la taberna?

—Me apresuré a cumplir mi deber con los Aduaneros y te seguí —Samos se sentía muy avergonzado y hablaba atropelladamente.

—¡Está bien, está bien! —Hesíodo comenzó a caminar de vuelta a su puesto de guardia mientras sus manos colocaban con naturalidad y rapidez la tienettus. Samos trotó a su lado.

Hesíodo rezó a todos los dioses del Olimpo para que nadie les hubiera echado en falta. Apretó el paso para salir cuando antes de la Avenida de Olimpia camino de la Plaza del Robo. A esas horas de mesón heméras, la más calurosa e inmisericorde con los viandantes, había contado con dos ventajas. La primera es que había sabido dónde encontrar a Rhino, la segunda es que las calles se encontraban desiertas. No obstante, en cuanto se corriera la voz de que la caravana llegaba, aquello se llenaría, por lo que el nerviosismo de Hesíodo era justificado.

—De veras que lo siento, Hesíodo —se lamentó nuevamente Samos—. Tenía muchas ganas de entrar en el Barrio de los Ladrones y nunca me había atrevido a ir solo.

—¡No lo llames así! Este es el Barrio de Pluto, hijo de la diosa Eirene.

Samos bajó la cabeza, cariacontecido. Hesíodo al momento se sintió mal. Samos sólo tenía quince ciclos y apenas había salido fuera del Barrio de los Canteros, en el área este de la ciudad.

—Lo siento. Pero debes tener más respeto cuando hables. Está claro que no sabes nada sobre bandas y eso te puede granjear más de un problema —Hesíodo empezó a gesticular mientras seguía caminando. Su familia se había pasado la vida recordándoe lo afortunado que era por pertenecer a una ilustre estirpe militar. Por ello, de forma insconsciente, él acababa defendiendo a los que consideraba menso afortunados. En el caso del Gremio de Ladrones, también eran los más peligrosos—. En la ciudad de Arcadia cada uno se gana la vida como puede. Mientras perteneces a una banda debes a ella tu lealtad y, si bien el alimento está asegurado, no así la prosperidad. Si no ocupas un cargo, como mínimo de lugarteniente, al llegar a la mayoría de edad, lo habitual es que, si resultas ser fértil tras la Iniciación, abandones la banda.

—¿Qué tiene que ver el Rito de Iniciación con pertenecer al Gremio de Ladrones?

—Ninguna familia, si puede evitarlo, casaría a un hijo con alguien perteneciente a una banda. Insisto, no es un tema de honorabilidad, sino de posibilidades de prosperar.

—¿Y qué ocurre si no eres fértil? —preguntó Samos.

—Imagino que los canteros os protegéis unos a otros seáis o no fértiles, pero aquí es diferente. Esos pobres condenados se quedan en las bandas y estas se convierten en su familia. ¿Viste el grandullón que vociferaba en la taberna?

—Rhino dijo que se llamaba Háddonis.

—Lucía con orgullo el emblema y lema de su Casa —Y Hesíodo siguió luciéndose delante de Samos con sus conocimientos—. A medida que los progenitores mueren, si tienen propiedades, los estériles se convierten en sus herederos y ponen sus oikos a disposición de las bandas.

—Yo pensaba que perdían sus viviendas…

Hesíodo se exasperó. Ya habían llegado a la Plaza del Robo y la caravana no tardaría en entrar. Se giró para juntarse con sus compañeros, pero observó que Samos esperaba aún una respuesta.

—No obtienen los mismos derechos innerentes a tener hijos, nada más. El Gremio se queda las casas y a cambio cuida de sus miembros. No dormirán en la calle, donde podrían morir de frío. Para nosotros, además, es más fácil tenerles localizados. Y ahora, Samos, estate atento, te puedo garantizar que algo gordo va a pasar.

\* \* \*

El último en entrar en la gran habitación que hacía las veces de vivienda de Parmmenius fue Háddonis. El resto ya se habían acomodado de manera rápida e informal un par en la cama, otro en la silla y Rhino, como tenía por costumbre, encaramado en la mesa con las piernas colgando, reafirmando su juventud con su infantil pose y la misma cara de satisfacción con la que momentos antes abandonara el piso de abajo.

Háddonis no se sentó, sabía que iba a ser una reunión muy rápida y se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados sobre el torso y una expresión de preocupación en el rostro. No quedaba ni rastro de la jovialidad de un rato antes.

—Háddonis, cualquiera diría que nos han dado una mala noticia cuando posiblemente nos acaben de salvar el culo a todos de estar en la calle dentro de dos lunas. Habíamos invertido prácticamente todo lo que tenemos en ese viaje.

El que así había hablado era Bemus, el administrador de los caudales de la banda. Se encargaba de las finanzas, los tributos, el abastecimiento, los salarios y, en general, cualquier cosa que tuviera que ver con dinero. Solía referirse a su sección como el Departamento de Comercio y siempre se quejaba de que los tamías o tesoreros que contrataban eran unos vagos y unos ladrones.

El puesto de Bemus explicaba su actual alivio por la llegada de la caravana de Ilina; la banda no sólo había invertido mucho en aquel viaje, sino que parte de la prosperidad de sus negocios dependía literalmente de que esa mujer volviera con vida. Pese a que Háddonis la odiara, pese a que a él mismo le desagradara el trato con ella, estaba claro que Ilina lo había vuelto a hacer. Había vencido al desierto.

—Siempre que esa mujer comienza un viaje rezo a Hércules a ver si las dunas se la tragan— respondió el aludido.

—Eso no está bien, Haddo —sonrió Rhino—, no sólo es que tengamos importantes negocios entre manos con ella; Ilina, pese a todo, está bajo mi protección. Nada de peleas —dijo mirando a Ccole, su responsable de seguridad, el mismo bajito sin cuello que antes se había burlado de Háddonis —nada de estafas— dijo señalando a Bemus y —apuntó con el dedo a Háddonis— ¿es mucho pedir nada de malas caras?

—Es mucho pedir, sí —respondió este último, sin mover un ápice su postura—. De todas formas, Tristtán está con ella, han estado fuera juntos durante casi tres lunas. Podrá darte el parte y terminar el trabajo, ¿para qué me necesitas a mí allí?

—Es verdad, teniendo en cuenta que Bemus irá a velar por nuestros intereses comerciales y Ccole a proteger nuestras preciosas cabezas, Tristtán y yo nos bastamos.

—¿Cómo que tú? ¿No pensarás ir allí?

—¿Y perderme la diversión? —Pero Rhino vio el gesto escandalizado de su subordinado y añadió—. Iré a recibir a los míos, por supuesto. Pero Ilina estará horrible después de su travesía por el desierto, muy enfadada después de que nuestro kolakretai – dijo, nombrando a Bemus por su cargo – la haga esperar y seguro que los Guardianes harán un buen trabajo… con ese encanto de Hesíodo deseoso de complacernos. Oh, no, Háddonis, la pregunta es, ¿cómo iba a perdérmelo?

—Esa no es la razón y lo sabes.

Rhino sonrió y asintió.

—Ya sabéis que Ilina se negó a tratar con el que ella creía mi eréter cuando en realidad contraté al suyo hace tres lunas. Todas las mercancías que ella ha comprado para sí en realidad nos pertenecen, pero sólo si ella volvía con vida. No pienso perderme su cara cuando se lo diga.

En aquel momento unos golpes sonaron en la puerta y una cabeza asomó por ella.

—Rhino, tenemos un soldado borracho detenido por deudas de juego. Y es de los reincidentes.

—Xander, no me molestes por esa tontería —Y Rhino ensombreció su mirada—. Si no es la primera vez, ya sabes, córtale algunos dedos y que aprenda.

—Insiste en que tiene información con la que pagarte.

—Ahora no es momento. Ha llegado la caravana de Ilina. Asústale un poco mientras, a ver si va a estar tomándote el pelo.

Xander asintió y cerró la puerta.

—Ahora en serio, chicos, quiero el control total de la Plaza del Robo. Que nadie entre que no conozcamos, que nadie salga con ningún paquete no autorizado. No me importa que digáis que lo habéis hecho cientos de veces. Todas nuestras deudas tienen que estar saldadas antes de que caiga la déile. No terminará este día sin que el Gremio de Ladrones haya restaurado su honor.

Sus hombres le miraron con algo de asombro, pero Rhino saltó de la mesa dando por concluida la conversación. Una aburrida transacción comercial dejaba de serlo cuando se trataba de una caravana de la intrépida Ilina. Todos sabían que tratar con ella era un acontecimiento por partida doble. Por un lado, siempre tenía lugar una batalla dialéctica en la que la mujer sacaba todas sus facetas, desde la encantadora hasta la enfurecida; por otro, siempre existían apuestas sobre si regresaría de su peligroso viaje y si lo haría con éxito. No existían muchas personas en Arcadia que, pudiendo elegir la comodidad y el lujo permanentes, como era su caso, quisieran exponerse tanto como ella lo hacía a la furia del desierto.

Sí, si tratar con Ilina solía ser tan excitante como incómodo, hacerlo sabiendo que se la habían jugado iba a resultar todo un reto.

\* \* \*

Rhino llevaba media sombra observando la Plaza del Robo desde la ventana de la habitación de la supuesta hostería para viajeros. Una de las muchas casas de seguridad que el Gremio de Ladrones poseía. Desde el segundo piso se apreciaban perfectas las expresiones de los rostros y el muchacho se entretenía ejercitando su gran habilidad: su conocimiento de las personas a través de su interpretación del lenguaje corporal. El aprendizaje que recibió de su padre se basaba ante todo en la comprensión de los deseos y motivaciones de los hombres y mujeres, una habilidad que era tanto fruto de la necesidad de supervivencia como del deseo de riqueza. Su padre había sido un maestro exigente; pero, alabado fuera Hermes, había heredado de él su destreza para influir en los hombres, lo que le había convertido en un líder de indescriptible carisma. Ahora, desde su posición privilegiada en el edificio mejor situado de la plaza, el que hacía esquina con la Avenida del Encuentro, iba observando el trajín de soldados, recaudadores, aguadores, comerciantes y servidores que esperaban el arribo de la caravana más importante de la ciudad.

Según las leyes, si la llegada de una caravana se producía durante las horas de luz, desde el comienzo de héos hasta la caída de déile, debían esperar primero a enseñar los permisos pertinentes antes de pasar, siendo el transporte de ganado y la presencia de tormentas de arena las excepciones. Sin embargo, Rhino sabía por experiencia que nadie haría esperar a la gran Ilina a las puertas de la ciudad. Era peor incurrir en su ira que el obviar algún producto traído de contrabando, algún enfermo que viajara con ellos o supuestos enemigos escondidos dentro de la caravana.

En efecto, el contingente llegó a las puertas de la ciudad que se abrieron sin ceremonia. Un auténtico ejército de delegados, soldados y comerciantes se arremolinaron alrededor, deseosos de ser los primeros en conseguir la mejor parte de las mercancías que Ilina traía consigo o demostrar su fidelidad hacia su persona. Ambas tareas vacuas puesto que rara vez un comerciante revendía género ya asignado, so pena de prisión, ni Ilina era persona a la que se pudiera tentar en una charla de mercado.

Rhino lo observaba todo con una estudiada indiferencia, pese a que en esos momentos nadie podía observarle. El silencio y su tranquilidad fueron alteradas por unos estudiados golpes en la puerta. La cabeza de Xander volvió a asomar.

—Jefe, ¿es mal momento ahora?

—Quizás. ¿Es por lo del soldado borracho?

—Henneo se llama y sí, creo que es cierto que tiene información valiosa, aunque se niega a hablar con nadie más que contigo.

—Que me busque cuando termine de hablar con Ilina.

En cuanto Xander cerró la puerta Rhino volvió a dedicar su atención a la plaza, esperando la entrada triunfal de Ilina a lomos de su semental. Sin embargo, el jubo que entró por la puerta con paso cansado era una hembra y sobre su estrecho lomo viajaba una persona demasiado bajita y de porte tan apocado que era indudable que no se trataba de la mujer.

Su indumentaria, apropiada para viajar por el desierto, impedía que cualquiera, incluido Rhino, pudiera verle el rostro, pero este sonrió, adivinando de quién se trataba. Era su mercancía más preciada, de entre todas las que transportaba la caravana.

La pequeña figura miraba todo desde su alta silla de montar sin atreverse a bajar. Nadie parecía predispuesto a ayudarle y, pese a la larga marcha por el desierto, se trataba sin duda de un jinete inexperto que prefería que le ayudaran a desmontar. Es posible que fuera la jubo más pequeña que Rhino había visto y, aún así, se hacía grande para su dueño.

La jubo se movía inquieta. Los insectos acudían al olor de sus cuartos traseros, señal de que estaba en celo y la hembra carecía de la cola de los machos para espantarlos. Rhino sonrió divertido. Los machos de jubo comenzaban a acercarse a la jubo exhibiendo su flamante pelo de testuz y cola, como inicio del cortejo y la escena prometía ser cómica, pero su atención se vio súbitamente interrumpida por la entrada en el patio de un cuadrúpedo de gran tamaño, lanudo y de expresión altiva, como si en efecto supiera que era el animal más cotizado de todo Arcadia. Era dirigido con destreza por una mujer, que lo espoleaba con más fuerza de la evidentemente necesaria. Rhino se incorporó. Ilina había llegado y, por supuesto, quería hacerlo por todo lo alto.

Su jubo dio varias vueltas en torno a la plaza en una burda exhibición de poderío. Ilina podría haberse descubierto el rostro, pero el golpe de efecto que producía cada vez que se soltaba el calendum para destapar boca y nariz y bajaba el yurto para descubrir su exuberante melena, causa de tantas declaraciones de amor, era casi un ritual.

Un cuarto de sombra después, cuando quedó patente que Ilina estaría algo más que molesta, Rhino bajó a la Plaza y comenzó a saludar a unos y otros, sabiendo que con ello exasperaría a la mujer, que se sentiría segundo plato.

—Esta vez te has superado, Rhino, media sombra es mucho tiempo para que Ilina espere —Una voz de hombre le habló a su oreja izquierda.

—Oh, sólo ha sido un cuarto de sombra y ha valido la pena cada línea de luz perdida —dijo el interpelado, dándose la vuelta.

—El Jefe de los Suburbios del Área Oeste es un chiquillo que se divierte faltando a sus deberes hospitalarios; no, eso no da buena imagen. Voy a pensar que en realidad esta caravana no es especial y simplemente me echabas de menos. Es preferible el sentimentalismo a tus rencillas con Ilina.

El que así hablaba era un joven algo mayor que Rhino, que ahora se retiraba el pétaso de la cabeza. Vestía la compleja ropa del desierto, al igual que todos. Su calendum era de una calidad ínfima y hacía rato que se había desprendido del yurto, que ahora le colgaba como un trapo cualquiera de la cintura.

Su ropa, polvorienta y desgastada, contrastaba con las delicadas facciones de su dueño. Ligeramente moreno de piel y vello, inevitable tras la travesía en el desierto, de tristes ojos color miel e inmaculada dentadura, sus gruesos labios colorados y sus sonrisas melancólicas hacían las delicias de todos sus amantes. Ahora saludó a su jefe llevándose tres dedos juntos a su ojo, en señal de respeto.

—Tristtán, llegas con tanto tiempo de retraso que no sé si alegrarme o enfadarme.

—Alégrate, Rhino, el viaje ha sido un completo éxito, nadie ha muerto y tu mercancía está a salvo.

—Eso espero, lo cierto es que ya estaba pensando en buscar un sustituto.

—¿De tu mercancía?

—De ti, joder —dijo Rhino, haciendo una mueca de divertida exasperación.

—No lo habrías hecho, soy el único que podía convencerle para que aceptara el puesto.

—Me las habría apañado. Tú tienes muy mala fama allá donde vas y las referencias sobre la mercancía eran demasiado buenas como para que tu muerte me disuadiera de conseguirlo.

Tristtán sonrió ante el tira y afloja. Ciertamente, lo había echado de menos. Contraatacó sin pensarlo:

—En eso te equivocas. Me necesitabas con vida para llegar a tiempo a Parnasos. Apenas unos días más tarde y sólo Zeus sabe si hubiésemos conseguido encontrarlo vivo o muerto.

—Esas palabras son muy enigmáticas, Tristtán.

—Tengo mucho que contarte, pero no te creas que ha sido fácil sonsacarle la información. Aunque no quiero distraerte ahora, imagino que estarás esperando ver los resultados de tu plan.

—Oh, Tristtán, el placer de saber que tengo un empleado trabajando para mí en la oikos de Ilina es un placer que llevo disfrutando desde que ideé el plan y que seguiré disfrutando durante muchas, muchas lunas cuando se dé cuenta de que todas las mercancías que se negó a venderme alegando que eran para otros en realidad sí que me las vendió a mí.

Tristtán se echó a reír y exclamó:

—¡A veces pienso que eres realmente perverso!

—Y el resto del tiempo opinas que soy un genio. En general, el balance es muy equilibrado.

—Equilibrado es una palabra muy generosa. Umm, yo diría que el balance es directamente positivo para ti.

Rhino le miró con afecto, también él disfrutaba con la conversación:

—Es posible, ¡por Hestia! Ya puedo notar los ojos de Ilina en mi nuca.

—Y ello se debe a que se está acercando peligrosamente deprisa. ¿Eres consciente de que esa mujer va a intentar manipularte?

—Esa mujer ha obligado a su eréter a que no se viera con el mío. No sólo ha querido perjudicarme a mí, sino al sagrado cargo de embajador de una Casa. Si los eréteres no fueran bien recibidos allá donde van, ¿dónde quedaría su función de representantes? No habría negociaciones, todo sería un caos.

—Es decir, que tu chantaje hacia Ilina continúa.

—Por supuesto, pero adiós a mi plan de conocer primero a mi mercancía.

—Que sepas que pienso estar lo suficientemente cerca para seguir vuestra conversación.

Rhino sonrió:

—No esperaba menos, saber leer los labios para no aprovecharlo es de estúpidos. Y yo no contrato estúpidos.

—Se te olvida que, cuando me contrataste, me dijiste que pensabas que sería demasiado estúpido como para rechazar tu propuesta.

Rhino se encogió de hombros sonriendo de nuevo:

—Bueno, y tuve razón, ¿no?

El joven sintió a Ilina antes que ella le llamara. Sonrió sabiendo lo que vendría a continuación. Una charla absolutamente comercial en la que él la exasperaría y ella no podría alterarse como querría o el Gremio de Comerciantes perdería el respeto por ella. Si algo importaba a Ilina era su honor y, pensó Rhino, por la Gloriosa Eris, diosa de la Discordia, que él iba a dar motivo a esa mujer para querer chillarle. Con un poco de suerte le pegaría y la humillación sería completa pues Ilina tendría que subir al Estrado de los Humillados a pedirle perdón públicamente. Rhino soñaba con ese día.

Los pensamientos del joven no eran ilusiones ni sus deseos exagerados. Esta medida tuvo que tomarse cuando el Gremio de Comerciantes, compuesto en su mayoría por gentes de origen humilde que habían ido ascendiendo, veía que aquellos que no deseaban pedir perdón enviaban a sus esclavos con notas que a menudo ni habían escrito ellos. El Estrado de los Humillados era una de las decisiones más aplaudidas por la plebe y que había encumbrado a la Gobernadora como una mujer sabia y justa.

—Si vienes a mostrarme tus respetos como es tu deber, llegas tarde. Si esperas que haga negocios contigo, Rhino, llegas aún más tarde; sabes bien que el género está todo asignado desde antes de mi partida. Es más, rara vez me embarco en un viaje si de antemano no he vendido todo lo que voy a conseguir fuera de estos muros.

Ilina se había parado enfrente de él con las manos en las caderas y una pose algo militar, mientras los ojos le brillaban. Se relamió, saboreando lo que ya consideraba un triunfo y continuó:

—Supongo que ahora te arrepientes de no haber comprado nada. Hemos tardado algo más de lo previsto, pero es posiblemente mi mejor viaje hasta la fecha.

Rhino la dejó hablar, mostrando su neutral cara de negocios. Estuvo tentado de satisfacerla haciendo un mohín de descontento, pero no era el gesto a adoptar porque, si había un momento para fastidiar a Ilina, era este.

—Oh, Ilina… nadie te ha informado de a quién has vendido tus mercancías. ¿Acaso desconocías la identidad de tu eréter?

—Qué quieres decir? El eréter era Cristophe, el de costumbre. No hay un intermediario mejor a mi servicio.

—Querrás decir a *mi* servicio —dijo Rhino, melindroso, recalcando bien el sustantivo posesivo.

—¿Qué quieres decir? —repitió maquinalmente. Algo en la cabeza de Ilina empezaba a sentir que aquello no iba bien— La familia de Cristophe lleva a mi servicio desde mi unión con su patrón y de eso hace ya…

—Once ciclos, lo sé muy bien —interrumpió Rhino, súbitamente serio. Una sombra leve, como un recuerdo, le cruzó el pensamiento y, tan rápido como había llegado, se fue— y hace tres lunas yo compré su deuda. Y me complace decirte que, desde que están a mi servicio, se les ve más felices.

—¿Cómo te atreves? —La metamorfosis de Ilina comenzaba y más rápido de lo que el mismo Rhino podría haber calibrado.

—Oh, ¿crees que no me di cuenta de que evitaste tratar con mi eréter desde que hiciste público tu viaje?

—No tengo obligación de hacer negocios contigo —siseó Ilina.

—Sí, de hecho, sí. Es la única obligación entre comerciantes.

Ilina se mordió la lengua mientras toda ella temblaba de rabia. Las palabras de Rhino eran ciertas y, aunque había sido cuidadosa en que pareciera fortuito, lo cierto era que su eréter había recibido orden directa de ella de no reunirse con el eréter de Rhino incurriendo, no sólo en una falta de respeto hacia otro comerciante, sino en uno de los delitos más graves al saltarse una de las normas más sagradas del Gremio de Comerciantes.

Ilina no era ninguna estúpida. Su mente trabajaba rápido buscando algún escollo, mientras intentaba no mirar los burlones ojos de Rhino.

—Esas mercancías no te pertenecen —exclamó, triunfalmente, tras unos segundos—, Cristophe ya no estaba a mi servicio cuando se negoció la venta de las mercancías. A saber la de lupas que me habrá hecho perder.

—Bueno, siempre te queda proclamarlo en voz alta y que todos sepan que, una vez más, intentaste jugármela y te la devolví —dijo Rhino, sibilino— y estoy seguro de que Cristophe estará encantado de prestar testimonio a mi favor. Al fin y al cabo, lo que importa es tu mala praxis.

—¿Pretendes humillarme?

—De cualquier manera, saldré ganando. Podemos ir ahora ante el Gremio de Comerciantes y que les digas que te negaste a tratar con un igual…

—¡Tú nunca serás mi igual!

—…o dejar pasar el asunto y ya nos putearemos en otro momento.

Ilina enrojeció ante tal expresión malsonante, pero esta vez no pudo evitar que Rhino siguiera hablando con determinación.

—Aún no he hecho público el cambio de eréter. Bemus, a pesar de sus rudos modales, ha ejercido hasta el momento como tal a los ojos de todos. Dame el brazo ahora y todos entenderán que esta conversación es el cierre de una negociación. El paso de Cristophe a mi servicio —Rhino acompañó sus palabras de dicho gesto, extendiendo el brazo en toda su longitud para que Ilina pudiese estrecharlo, agarrando con su mano el antebrazo de su interlocutor.

La mujer le miraba llena de rabia, pero sabedora de que no podía hacer otra cosa que ocultara la vergüenza de su derrota. Es más, ni siquiera podía rechazar sellar el pacto, dado que Rhino ya había extendido el brazo, se hallaban en la Plaza del Robo, justo en el lugar donde se encontraban habitualmente los comerciantes para finalizar sus acuerdos, y todo el mundo estaba mirando. Procurando arañarle con sus finos dedos mientras le agarraba el antebrazo, le susurró al oído:

—Esta me la pagarás —Tras lo cual se alejó con paso vivo.

Rhino hizo una profunda y exagerada reverencia mientras Ilina se alejaba, a la par que susurraba:

—Te estaré esperando, madre.

Rhino observó cómo se alejaba con paso vivo aquella mujer que en su día significó algo bueno en su vida, manteniendo esa actitud neutral que tanto halo de misterio había creado en torno a su figura. Sólo aquellos que eran muy cercanos a su persona habrían podido advertir la tensión que le rodeaba, resultado de una charla que, pese a poder parecer todo lo divertida que esperaba y con resultados triunfales, le había dejado un poso amargo. No obstante, Tristtán no dejó que el momento se alargara demasiado y, antes de que su amigo y jefe sucumbiera a la melancolía, se acercó y posó con casual firmeza su mano en el hombro.

—Rhino, hay un problema.

—¿De qué se trata? —dijo este sin volverse.

—El cargamento destinado a las Lobas ha desaparecido.

Rhino se dio la vuelta, la boca formando una línea recta:

—¿Cómo que desaparecido?

—Bueno, desaparecido no es la palabra exacta. Prefiero darte la mala noticia cuando ya tengo la buena. El cargamento ha ido a parar al Área Este. Los chicos dicen que lo tiene Haldo.

—Bueno, es un contratiempo, pero nada que no solucione una charla amistosa con mi rival.

—¿No quieres primero conocer a la mercancía?

—No, ahora que veo su apostura veo que tiene pinta de cachorrillo de egur asustado. Mala idea hablar con él después de una discusión con Ilina. Acomódalo y cuando esté tranquilo pasaré a verle. Puede que si empezamos con buen pie tenga más suerte con este que con los anteriores.

—Cierto, puede que lo de cachorrillo asustado nos venga hasta bien; los anteriores se daban demasiada pompa. Y si eso no es bueno en ningún empleado, menos aún en este cargo.

—Eso es completamente cierto. Tranquilo, que seré muy tierno con él. No tanto como tú, por supuesto —dijo mirándolo de reojo y sonriendo arteramente—, pero nos conviene mimarle.

Tristtán se atusó coquetamente el yurto y se dispuso a irse.

—Yo de tierno no tengo nada.

—Tú lo que eres es un presumido. Llévate a la mercancía a que se relaje y de paso lávate tú también. Es la primera vez que te veo tan desarreglado.

Rhino paseó la mirada por Tristtán con más curiosidad que asombro. El calendum de su lugarteniente había sido remendado en la sujeción de las orejas varias veces. El yurto, siempre largo y estrecho, parecía que nunca volvería a cumplir su función de cubrir pelo, orejas, barbilla y frente del abrasador desierto. Sus complicados pliegues debían evitar que un golpe de viento se lo llevara volando, pero el de Tristtán parecía haber sobrevivido a la furia de Ares en el desierto sólo por clemencia del dios. El viaje tenía que haber sido muy duro.

—Sí, me voy, Alguien tendrá que hacerse cargo de todo esto o Háddonis y Bemus explotarán por sobrecarga de trabajo con la llegada de la caravana. Porque tratándose de Haldo me imagino que querrás ir a hablar con él tú mismo, ¿no? O… ¿no será porque se trata de las mercancías de las Lobas?

—Los encuentros con Haldo siempre son interesantes, cualquier excusa es buena para ir a verle. Y por supuesto que no quiero ningún conflicto con las lobas. Los Libros de los Antepasados ya nos indicaban el correcto proceder con las heteras.

—Lo que está claro es que los griegos del pasado tenían mucho que enseñarnos —se defendió Tristtán.

—En eso estamos de acuerdo, aunque me temo que pensamos en aspectos diferentes de sus enseñanzas.

Rhino miró de arriba abajo sin disimulo a su hombre de confianza. En aquel momento colgaban de su cuello, bien a la vista, tres colgantes de dioses protectores, Asteria, Selene y Hermes, a fin de que le guiaran en su viaje. A esto se añadía el pendiente en la oreja izquierda en forma de moneda; el símbolo de Hermes, dios de los viajeros y los negocios, a quien casi toda la banda de Rhino, incluido él mismo, adoraban. Tristtán sólo leía Los Libros de los Antepasados para asimilar bien toda la religión predominante. ¿Cómo no adorar al astuto Hermes, quien también era el dios de los ladrones y mentirosos? ¿Acaso no destacaba por sus dotes como espía?

Tristtán le guiñó un ojo:

—Y por eso eres el jefe, para que yo pueda ocuparme de vez en cuando de los aspectos más banales. No cabe duda que son los más divertidos.

Rhino meneó la cabeza, aunque no pudo por menos que sonreír por la franqueza de su subordinado.

—Sigue hablando así, a ver si voy a degradarte. Puede que los griegos nos enseñaran muchas cosas, pero eso fue hace más ciclos de los que todos nuestros antepasados pueden recordar. Y yo a veces dudo que existieran.

Tristtán se alejó mientras su jefe terminaba de hablar. Todavía se dio la vuelta para gritar una última sentencia mientras caminaba hacia atrás.

—¡Pero las palabras persisten, Rhino, las palabras!

El aludido meneó la cabeza, como cada vez que una conversación con Tristtán llegaba al mismo punto muerto. Un poco de teatralidad era siempre el comienzo de una conversación tan estúpida como divertida, pero a la hora de mesón heméras tan avanzada como estaba ahora, y de pie en una plaza sin un trago de jugo de lupia para seguir la conversación, esta había perdido todo su interés.

Todo el mundo conocía los Sagrados Libros, pero cada estamento social acababa dándole la interpretación o uso que le convenía y, aunque no le parecía extraño que así fuera, no le daba la sensación de que el pueblo griego quisiera esa separación de opiniones cuando transmitió sus enseñanzas.

Al igual que toda la gente de la ciudad, o incluso de la lejana ciudad vecina Parnasos, la vida de Rhino giraba alrededor de las enseñanzas que los Libros de los Antepasados, hallados hace más ciclos de los que era capaz de calcular, les dejaron. Se decía que eran un regalo de los dioses, pero Rhino, cuyo carácter era tan escéptico como lo había sido el de su padre, no estaba seguro del origen y función de dichos libros. Tenía sus teorías, como todos aquellos de mente inconformista; pero en general, dado que ni daban de comer, ni protegían a los suyos, Rhino se guardaba sus opiniones para sí mismo y aquellos en los que confiaba y daba una importancia relativa a los fenómenos que ocurrían a su alrededor y que eran atribuidos a las deidades. No estaba en contra de nada que hiciera sentir bien a sus semejantes, pero odiaba la fe ciega que convertía en incompetentes o despreocupados a sus subordinados. La fe estaba bien para las heteras, que expandían su negocio, para los comerciantes, que otro tanto hacían y para señalar los días festivos en el calendario. Justo por eso, detestaba sus obligaciones religiosas que, como jefe, le hacían tener que presidir comitivas, preparar festivales, ofrendar a los dioses y personarse en el templo para las purificaciones. No lo soportó en su momento como hijo del jefe y menos aún ahora como máximo responsable, que sus labores habían aumentado.

Precisamente ahora se dirigía a cumplir una de ellas. En general se trataba de un asunto que, pese a su importancia, era de fácil solución y podría haberlo dejado en manos de cualquier subordinado, pero a Rhino le gustaba aprovechar cualquier oportunidad para ver a Haldo en un marco en el que estuviera justificada su presencia, por muchos problemas que aquello conllevase.

 En aquel momento, Xander volvió a materializarse a su lado, esta vez acompañado de un hombre con ropa vulgar que se cubría en exceso el rostro.

—¿Este es tu soldado?

Xander se encogió de hombros y respondió:

—No quiere que le identifiquen.

—Habla rápido, hoy tengo un día que ni las Moiras quisieran para sí. Tu nombre era Henneo, ¿no es cierto? Y quieres que te condone tu deuda a cambio de información.

El soldado asintió con la cabeza y, acercándose mucho al oído de Rhino, le susurró:

—Para huir de tus acreedores cuando venció el plazo de pago me escondí en el pozo sellado del Lago Lerna. Ese pozo no está vacío. Al bajar observé que había túneles con bifurcaciones. Avancé por ellos durante largo rato hasta que oí voces y me asusté. Volví corriendo hasta la boca del pozo y salí porque ya no había peligro fuera. Pero algo se está cociendo allí abajo.

Rhino sonrió bajo su yurto y asintió con la cabeza. La información bien valía la condonación de todas esas lupas que les debía.

—¿Alguien te vio?

—No, imposible. Ni entrar ni salir.

—Si no quieres perder algo más que tus dedos, no comentarás esto con nadie.

Rhino pudo ver cómo el cuerpo del soldado se tensaba bajo su ropa. Hacía tiempo que las reacciones de temor de la gente le dejaban indiferente; se dio la vuelta y se alejó camino del Área Este.

\* \* \*

La *mercancía* seguía subida en su jubo. Tristtán le había dicho que le esperase, que tenía que hablar con Rhino y él tenía grabado en su carácter obedecer. Se entretuvo mirando la plaza hasta que vio unos ojos posarse sobre él. Se trataba de un soldado. Vestía muy parecido a los que conocía en Parnasos así que apenas podía ver más de él que sus ojos. No obstante, parecía tan joven como él, así que se bajó tímidamente el calendum para intentar mostrar una sonrisa despreocupada que acabó resultando demasiado íntima. El soldado se quitó su tienettus de la cabeza y se bajó también el pelio como gesto de buena voluntad y se acercó hasta él.

—¿Quieres que te ayude a bajar? Estarás exhausto.

La sonrisa del soldado parecía sincera y no mostraba segundas intenciones. El muchacho asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el soldado, mientras tiraba de las ásperas cinchas para obligar a la jubo a tumbarse.

—Karan. Soy tamías, ayudante de tesorero.

—Bonito nombre —dijo el soldado— yo me llamo Samos.

—Gracias, significa puro.

—Si eres ayudante de tesorero ya podía significar honrado en vez de puro —bromeó Samos.

Karan no pudo evitar echarse a reír y finalmente, ayudado por el soldado, puso un pie en tierra. Al bajar, el yurto se le deslizó de la cabeza y Samos le miró boquiabierto sin saber qué decir. Había belleza que difícilmente podía describirse con palabras. Karan notó asombro y admiración y se sintió cohibido. El soldado todavía sostenía la mano del tamías con la suya y el muchacho se apresuró a retirarla.

—Tranquilo. No sé si alegrarme o enfadarme porque no me gusten los hombres. No sé cómo habrá sido tu vida en Parnasos, pero si vienes con Tristtán no me cabe duda de que piensas entrar en el Gremio de Ladrones. Creo que alguien con tus cualidades debería pensarse bien dónde se mete.

Samos no dio opción a Karan de responder. Se colocó de nuevo el pelio y la tienettus para taparse la cara y le animó a que se cubriera él también. Después, con una inclinación de cabeza se dio la vuelta camino a la muralla. Karan se quedó mirando cómo se alejaba el amable soldado y, no sabiendo qué hacer a continuación, observó a su alrededor su nuevo hogar.

Todo era tal y como Tristtán se lo había descrito tantas veces durante su viaje desde Parnasos.

La Plaza del Robo era única en toda la ciudad. Tras atravesar los enormes portones que separaban la bulliciosa ciudad del interminable desierto, uno se encontraba con ella de golpe, en toda su inmensidad. Su nombre —le contó Tristtán entre risas— era un sobrenombre impuesto por unanimidad por los comerciantes para hacer alusión, sin ningún tipo de disimulo, a los aranceles impuestos por el Gobierno de la ciudad a cualquier producto o servicio que proviniese de fuera de sus fronteras; es decir, a cualquier cosa ajena a lo que ocurriera entre los muros de la ciudad. Esa era la teoría porque, como aseguraban vendedores y artesanos, si algo era susceptible de ser gravado, el Gobierno le ponía su correspondiente tasa.

La Plaza del Robo no era exactamente una zona comercial, puesto que todos los puestos que en ella se encontraban eran controles de seguridad, sanidad o tributos y, por tanto, estaban controlados por el Gobierno. El paso por allí, antes de acceder a cualquiera de las tres calles principales, era obligatorio para todo el mundo a fin de evitar el contrabando. Por otra parte, permitía estar al tanto de toda noticia, producto o personalidad que llegase a la ciudad nada más producirse el hecho. Cualquiera con poder o que se preciara de poseerlo alquilaba habitaciones en edificios que tuviesen vistas a la Plaza, y apostaba ahí turnos continuos. Estos mismos sujetos difundían información falsa a fin de confundir a la competencia. Se decía, muy en voz baja, que el propio Gobierno usaba este sistema como método de control.

Desde donde él se encontraba se apreciaba una superficie de forma hexagonal, pero construida sin mucho orden ni concierto. Cada lado tenía una longitud diferente, siendo la parte que correspondía a la muralla y al portón la parte más ancha.

A la izquierda de Karan había un estrecho edificio que hacía las veces de segundo lado. En su mayoría lo ocupaban altos y medios cargos tanto de la Brigada de Guardianes como de otras Brigadas, por una cuestión de práctica cercanía con el lugar de trabajo. También era el edificio más próximo a la Avenida de las Dóulas, lugar de residencia de la mayoría de las parteras y curanderas de la ciudad. Esta calle, que comenzaba siendo muy estrecha para luego ensancharse, era el único punto de acceso al Área Este y, por tanto, siempre tenía apostada una de las Tropas más numerosas de la Brigada de Guardianes.

Karan siguió dando vueltas en torno a sí mismo observando el resto de la plaza, que se iba llenando cada vez más y más de gente ansiosa de saludar a sus familiares y de recoger sus mercancías. Su mirada se detuvo en la arteria principal, la Avenida del Encuentro, que daba comienzo al exclusivo Barrio de las Musas que, según le había contado Tristtán tenía las tiendas más exclusivas y los comercios más hermosos.

La tercera calle se abría directamente pegada a la muralla. Ancha al principio, se iba estrechando al ir avanzando por ella, hasta provocar una sensación de claustrofobia muy curiosa en los más aprensivos. Naturalmente, en su extremo más estrecho seguía siendo lo suficientemente ancha como para que el espacio con la muralla fuera respetable. De cualquier forma, exceptuando el Edificio Central del Gobierno y algunas oikos propiedad de nobles, ningún edificio era tan alto como la muralla y, desde sus almenas, sobre todo en ese punto estrecho de la Avenida de Olimpia, una nutrida tropa de soldados hacía guardia constante. Allí Karan distinguió a Samos hablando acaloradamente con otro soldado también muy joven. Le hubiera gustado saber más de ese amable soldado, pero Tristtán apareció de pronto a su lado y el muchacho ya sólo tuvo ojos para él.

\* \* \*

Hesíodo había asistido a todo el enfrentamiento entre Ilina y Rhino desde su puesto de guardia, posiblemente igual que el resto de la tropa, los comerciantes y cualquiera que tuviera dos dedos de frente para comprender que, si había algo importante sucediendo en la plaza, sin duda era la confrontación entre los dos carismáticos titanes. Al igual que el resto, Hesíodo no debería haber podido entender nada de la conversación, pero si por algo estaba en ese puesto y no en otro era por su excelente vista…que le había permitido en aquellos momentos leer los labios de Rhino, que eran los que podía ver por tenerlo de frente. Lástima no poder también descifrar los labios de Ilina, pero su espalda, que era a lo que había tenido acceso, era suficientemente elocuente, con su rigidez y tensión, como para que hasta un joven ingenuo como él imaginase las respuestas de ella.

Como habría dicho cualquier otro en su lugar, acababa de ser testigo de una información que, sin duda, era útil, aunque ahora mismo no sabía qué hacer con ella. Hesíodo se estremeció involuntariamente. Acababa de hacer una declaración pública de amistad hacia Rhino al filtrarle información. Cualquiera lo hubiera hecho en su lugar, su mismo superior, el Faneador Roodo, se dijo a sí mismo, poniendo un ejemplo de alguien a quien admiraba.

Hesíodo tragó saliva. En realidad, quien le importaba era su padre, Damon y su hermano mayor, Hélido. Si se metía en algún lío ni las buenas relaciones del respetado Damon con Poxxis, el Segundo Capitán de los Guardianes en el Área Oeste, lugar donde el mismo Hesíodo estaba destinado, podrían revertir su expulsión del Gremio de Guardianes, por no hablar de las burlas de su hermano. Sí, en realidad, este era el verdadero motivo por el cual no conseguía quitarse de encima la sensación de desasoiego que llevaba acompañándole las últimas sombras.

En general, no estaba mal visto que cualquier ciudadano se relacionase con las bandas de delincuentes. Al fin y al cabo, estos controlaban un buen número de negocios tanto legales como ilegales. Por ello, una relaciones comedidas y respetuosas con los forajidos era lo que Hesíodo consideraba como adecuado, por más que siempre se sintiese incómodo por su cercanía. Aunque esto no era culpa de ellos; en realidad, Hesíodo se encontraba incómodo con casi cualquier persona, exceptuando, claro está, a su dulce esposa.

Ya la echaba de menos. No como sólo un recién casado podía echar de menos a su amada, sino como un hombre que había tenido la suerte de que la mujer escogida por sus padres se hubiera convertido con los ciclos en su amiga. No todos los prometidos elegían llevarse bien antes de su unión y si no, que se lo dijeran a su hermano Hélido, cuya mujer era tan arisca que era extraño que hubieran podido finalmente engendrar una hija; su sobrina, la débil Eosia, no había tenido suerte con sus padres.

—¿En qué piensas?

Hesíodo giró la cabeza y observó a Samos, que venía de ayudar a un miembro de la caravana a bajar.

—Tienes que dejar de hacer eso.

—¿El qué? ¿Ayudar a las caravanas?

—Me refiero a preguntarme a cada paso en qué pienso; por Hera que es hasta raro.

—Tienes razón, es raro, pero es que deberías verte la cara. —y Samos frunció el entrecejo mientras arrugaba la nariz, dándole un aspecto tristón.

—Pero sí, también me refiero a lo otro. No es tu trabajo.

—Sólo estaba ayudando a un jinete a bajar de su jubo. Hesíodo, deberías haberle visto, es el joven más hermoso que he visto en mi vida. Rhino ha contratado a un nuevo tamías.

—¿Qué has dicho?

El tono imperioso de Hesíodo hizo encogerse un poco a Samos.

—He dicho que esa belleza de chico es el nuevo tamías de Rhino. Me dijiste que el Gremio de Ladrones era un lugar peligroso, ¿cómo puede alguien tan candoroso trabajar para lo peor de Arcadia?

—¡Silencio, por Hera! Qué imprudente puedes llegar a ser.

—Pero tú mismo me dijiste que…

—Sé lo que te dije. Pero tienes que entender la otra cara de la lupa. Recuerda que enn la ciudad de Arcadia cada uno se gana la vida como puede. No sabemos lo que ha hecho que ese chico acabara trabajando para Rhino. Pero si es tamías, vendrá buscando fortuna.

Pero Hesíodo no estaba muy seguro de sus palabras. La experiencia le decía que era más probable que tuviera una deuda con el Gremio de Ladrones o que estuviera huyendo de algo. O las dos cosas.

—Hesíodo, tú mismo me lo dijiste hace un rato. Mientras perteneces a una banda debes a ella tu lealtad y, si bien el alimento está asegurado, no así la prosperidad.

Hesíodo se desesperó. Por el rabillo del ojo vio cómo Rhino se alejaba hacia la Avenida de las Dóulas. ¿Debía interceptarle antes de que se fuera? No parecía prudente, él seguía de guardia y todavía había congregada demasiada gente en la plaza.

Se dio la vuelta, esperando que Samos entendiera que no le apetecía hablar más. Si él no conseguía encontrar solución a su problema, menos lo haría su gentil compañero. Ante todo, tenía que pensar en la seguridad de Isaura y de su familia. Al principio había pensado en lo agradable que sería variar de temas de conversación; él contaría sus andanzas del día y no se hablaría ni del negocio de sus suegros, la crianza de egures, ni de bebés que todavía ni existían. Pero ahora estaba pensando en que era mejor que se guardara algunos detalles para sí mismo. Alzó la vista y miró las sombras proyectadas por el sol; su turno estaba a punto de terminar. Como cualquier fértil sus guardias eran más breves que las del resto, así que podía volver con su querida Isaura. Por el camino pensaría qué hacer con la conversación que había escuchado o, mejor dicho, leído en la distancia. Oh, dioses, ¿qué debía hacer con esa información?

\* \* \*

Haldo vivía en el Área Este de la ciudad; es decir, el opuesto al de Rhino. No se trataba de zonas simétricas; no ofrecían los mismos servicios, ni poseían los mismos gremios, simplemente las condiciones de vida eran, en teoría, las mismas. Lupanares, templos, instituciones públicas, mercados…la mayor diferencia estribaba en que en el Área Oeste se encontraba el Ágora y en el Este los Ministerios con edificios tan importantes como el Metróon, la Casa de Pesos y Monedas. Una forma de organización que facilitaba el orden en la ciudad al no dar preeminencia a un lado frente al otro y mantenía una sana competencia que hacía oscilar los precios según oferta y demanda, sin tener por ello que valerse de comerciar con Parnasos para cualquier cosa.

Sin embargo, la realidad era bien diferente. Los negocios eran difíciles entre Áreas ya que, al no ser necesario para la vida cotidiana cruzar de un lado al otro, apenas existía comunicación entre consumidadores y vendedores. El problema se había solucionado, en parte debido a la casualidad, dado que la orografía del terreno había hecho que en un lado fructiferaran los canteros y mineros, mientras en el otro la cría de ganado; y en parte debido al Gobierno, que había definitivamente encontrado la solución a este problema al establecer en el calendario días diferentes en cada Área para los mercados y las fiestas y había establecido una suerte de aduanas. A cargo de regular el tránsito de los habitantes de un lado de la ciudad a otro se encontraban los apodektai, recaudadores de impuestos del Gobierno.

Rhino se encontraba en la Plaza del Robo, lo que equivalía a uno de los pocos puntos legales que unían ambas áreas a través de la Avenida de las Dóulas. Sobraba decir que los dos Gremios de Ladrones no tenían permiso para cruzar libremente de un lado a otro; sin embargo, en pro de garantizar algún cauce de comunicación entre bandas cuando la ocasión lo requiriera, se ofrecían permisos a los jefes, lugartenientes y eréteres de cada organización. No obstante, Rhino no se molestó en sacar su salvoconducto cuando llegó a la aduana, sino que apoyó su mano en el hombro del soldado de guardia en un gesto que indicaba extrema confianza y esperó a que este, tan sorprendido como honrado, hiciera lo mismo, para saludarle e iniciar una breve conversación. Rhino no sentía jamás ningún interés en iniciar ninguna charla intrascendental que propiciara que dijera más información sobre sí mismo de lo que deseaba, pero las relaciones cordiales con la soldadesca de la aduana siempre lo requerían. La única manera de coger al jubo por el bozal era adelantarse uno a ello.

—Que Ares te asista, ¿qué tal se está dando la guardia?

—Que Eilene te de paz, Rhino. Que, que, qué honor, digo, qué placer volver a verte.

El joven que estaba de guardia tendría unos tres ciclos más que Rhino, se llamaba Calix, era un consumado jugador de tobo, el entretenimiento más popular de Arcadia y, antes de unirse a una fértil y bastante fea muchacha cuya familia se dedicaba al negocio de los yurtos, se había encamado con la mitad de los subalternos de Rhino y de Haldo. Se decía de él que le excitaba la peligrosidad que se creía inherente a relacionarse con las bandas (y algo de razón tenía) y que había aumentado el número de sus amantes ahora que su mujer se encontraba por fin encinta.

La ley prohibía el fornicio con las mujeres que hubieran confirmado su gestación, en la creencia de que era perjudicial para el feto. Pero a Calix no le faltaban compañeros de cama. Su suave cutis, unido a su resplandeciente sonrisa y a un inexplicable deseo de agradar, le habían convertido en el favorito de un grupo bastante numeroso dentro de las bandas.

—Me alegro de verte, ¿cómo se encuentra Portia? ¿Hay señales ya de vigor?

El rostro de Calix se iluminó, como siempre que se daban muestras de interés sobre su nonato.

—¡Qué casualidad! Hubo señales de vigor hace tres días. Portia casi se asusta cuando las notó, y eso que estaba preocupada por si lo había perdido.

—¿No era un poco pronto para preocuparse?

—Ya sabes cómo son las mujeres con estas cosas.

—En realidad casi creo que nosotros somos peores. En tu caso igual estaría con la oreja pegada a la barriga todo el día en busca de señales de vigor.

—Jaja, si no tuviera que trabajar igual lo haría. Creo que esta es mi última oportunidad de procrear.

—¡No digas sandeces! Apenas puedo creer que tengas diecinueve ciclos, no parece ni que hayas llegado a la edad de la Iniciación.

Calix se ruborizó como una doncella ante el halago, a los que era muy aficionado. Abrió la boca para devolverle el piropo, pero no se le ocurrió nada. Rhino siempre rechazaba sus invitaciones para intimar, así que Calix siempre se sentía confuso por estas súbitas muestras de interés. Era demasiado ingenuo para ver que Rhino simplemente se estaba allanando el camino.

—Calix —dijo Rhino, en modo casual—, tengo que ir a ver a Haldo.

Normalmente, cualquiera habría tenido que justificar el motivo de su visita al otro Área, pero Rhino no daba nunca explicaciones a menos que fuera necesario. Su rostro siempre daba a entender que cuanto menos se supiera, mejor. Aunque el tema fuera totalmente inocuo, como en este caso. Si la información era poder, él prefería la desinformación cuando se trataba de él mismo. Además, ¿a qué jefe no le gustaba que alrededor de su persona no se crearan dos o tres historias misteriosas?

Calix se lo quedó mirando durante lo que pareció un ciclo entero. Rhino prefirió no pensar en qué clase de perturbado pensamiento estaba teniendo y decidió que solamente estaba calibrando el riesgo dado que, a ultranza, él no tenía autoridad para dejar pasar a Rhino, por mucho jefe del Área Oeste que fuera, si no le enseñaba la acreditación.

No obstante, Calix recordó que Rhino le tenía en estima y que eso era algo bueno.

—Claro, pasa, pasa. No necesitas enseñarme tu salvoconducto. Te estoy robando tiempo y seguro que tienes cosas importantes que hacer.

«Que no te voy a contar», pensó Rhino. Asintió con la cabeza y usando el mismo gesto grandilocuente de su interlocutor le dijo:

—¡Por supuesto, por supuesto! ¡Y qué tarde es! Mira por dónde van ya las sombras. Gracias, amigo —dijo recalcando suavemente la palabra—, te invitaré a un trago en la taberna la próxima vez.

—Gracias, Rhino, qué hon... Digo, será un placer. O quizás pueda invitarte yo. Cerca de la Calle de las Moiras han abierto una taberna nueva cuyo dueño me… —se interrumpió para no confesar la relación que mantenía con el posadero, a quien, por supuesto, Rhino conocía, dado que era un espía suyo— que sirven un licor de juba que atonta los sentidos. Es un sitio muy discreto.

Calix, en su inocencia, pensaba que sus amantes, tanto los ocasionales como los asiduos, mantenían los secretos de alcoba tanto como él lo hacía.

Rhino sonrió para sí porque a Calix se le veían las intenciones a un estadio de distancia, pero no quiso desairarle. Cruzó la aduana y se despidió diciendo:

—Por supuesto, buscaré fecha.

—Creía que ese guardia no te iba a soltar nunca —se oyó una voz detrás de Rhino.

—Me tiene más aprecio que tú —dijo Rhino volviéndose.

—Jamás entenderé qué atractivo te ve. Sólo eres un saco de huesos y pellejo.

—Eso es porque tu limitada visión de la vida te reduce sólo a las mujeres. Si no, habrías sucumbido a mis encantos hace tiempo —dijo Rhino a su interlocutor.

—Por lo menos, ellas saben de belleza, está claro que en tu caso tienes que hacer uso del poder para atraer a alguien.

—¿Hacer uso? Pero si ni siquiera me esfuerzo. Se llama encanto personal, pero, ¿qué sabrás tú de eso?

—Lo suficiente para saber que por lo menos podías emplear mejor tu tiempo y gastarlo en alguien influyente.

—¿Alguien como tú?

Rhino clavó sus ojos en su interlocutor de una manera fría y serena y recibió la misma mirada por parte del otro. Se observaron durante unos instantes que, a ojos de todos los presentes, que no eran pocos, se hicieron eternos, como si las sombras hubieran ido pasando tan lentamente que todos hubieran sido conscientes del paso del tiempo. Haldo tampoco se quedaba atrás en su tarea de intimidad a su oponente. No era mucho más alto que Rhino, pero sí más corpulento. Toda prenda que vestía le quedaba bien y lucía con orgullo el símbolo de su casa, las Alas y el Rayo, llevando en toda su ropa bordada el lema de su casa: Volamos y Atacamos.

Era bien conocida la rivalidad entre Rhino, jefe de la banda del Área Oeste, y Haldo, su homólogo del Área Este. Cada encuentro se convertía en un pulso equilibrado, tenso y contenido en el que ambos medían las fuerzas y que, por lo que todos sabían, jamás había terminado en un enfrentamiento abierto. No obstante, y aunque las autoridades esperaban que siguiera así, temían cada encuentro que los negocios de ambas bandas les obligaba a tener. Si la vida ya era bastante dura en Arcadia la tensión constante entre los dos líderes añadía un problema a la rutina diaria.

La tensión se rompió cuando Haldo, con voz afectada y gesto cansado se encogió de hombros y preguntó:

—¿Negocios?

Rhino, que había adoptado desde el principio una postura algo burlesca, se apoyó en el otro pie y dijo también:

—Negocios.

Era una palabra mágica. No tenía tanto que ver su contenido como su forma. Indicaba el fin de las hostilidades verbales para dar paso al parlamento útil. Haldo se echó a un lado para indicar una callejuela, mientras sus dos lugartenientes, que Rhino estaba seguro de que Haldo había escogido únicamente porque su corpulencia les convertía en guardaespaldas inintencionados, se apartaron de su lado. Si Rhino había acudido al Área Este solo (o eso creía él), las normas de la cortesía estipulaban que Haldo también estuviera solo durante la negociación.

Rhino avanzó por la estrecha callejuela y se detuvo en la tercera puerta. Sin esperar indicaciones ni llamar abrió y entró en una oscura sala, diáfana, con escaleras que subían al piso superior en la parte izquierda y el lado derecho ocupado por los muebles justos para que una persona o dos se sentaran cómodamente a charlar mientras bebían licor de tsikouda y masticaban wattca, nada más habitual durante una parlamentación.

Era normal juntar esta bebida con el pequeño vicio que suponía masticar la popular droga. Los viñedos eran una planta muy apreciada en Arcadia, se cultivaba sólo en las partes más húmedas de la misma y su producción era limitada. Sin embargo, los arcadianos no desperdiciaban nada del fruto de la vid. Sabían que llamar vino a lo que producían era afrentar a los dioses, así que lo llamaron licor de tsikouda y, con los residuos de la uva y los posos que permanecían en las ánforas más grandes, fabricaban una pasta masticable que atontaba los sentidos. Era marrón, aceitosa y solía venderse en tamaños de una cotila o taza pequeña. Aquella persona que poseía dos o tres cotilas de wattca cada ciclo podía sentirse afortunada.

El sonido de la puerta cerrándose indicó a Rhino que él y Haldo se encontraban solos. Rhino se dio la vuelta y esperó sombrío a que Haldo se quitara el yurto, lo cual hizo de manera pausada, casi ceremonial. Desde su posición veía la espalda indefensa de este y su cuello al descubierto. El quitón dejaba demasiada carne a la vista. Haldo se sintió observado y, sin darse la vuelta, dijo en tono casual:

—Esto tiene más gracia cuando alguien está observando y piensan que corro peligro.

 —¡Ja! —Rhino no pudo evitar una carcajada y dijo— era ya lo que nos faltaba por hacer, jajaja, creo que hemos probado de todo.

 —Venga, a mis brazos, mal amigo —dijo Haldo, riéndose a su vez. Ambos se fundieron en un abrazo, mientras no paraban de reír. Se separaron para mirarse a los ojos, y riéndose de nuevo volvieron a abrazarse, mientras se palmeaban la espalda.

 —Algún día se darán cuenta, y no sé si será tremendamente divertido para nosotros, o muy perjudicial para nuestra reputación.

 —Es posible —respondió Haldo, separándose de Rhino y dirigiéndose a la despensa—. ¿Un poco de jugo de lupia?

—¿Sigues aficionado a esa fruta?

 —A la fruta no, para nada, te deja la lengua como el esparto y además te la tiñe de lila, pero el licor no está mal, es suavecito.

 —Sí, no está mal si lo escancias bien, los pruebo tan malos que están llenos de grumos.

 —Eso es asqueroso, no lo probarás aquí —Y Haldo, que mientras hablaban, había llenado de una jarra dos vasos bien colmados, le tendió uno a Rhino y se sentó en una silla, poniendo las krépis encima de la mesa—. Cuéntame qué ocurre.

 —¿No va a haber charla insustancial? —dijo Rhino, ocultando su sonrisa tras el vaso.

 —Ojalá, pero habiendo llegado la caravana de Ilina no creo que tengas mucho tiempo para mí.

 —Hablas como una amante despechada a la que no dedico suficiente tiempo.

 —Y es verdad —apuntó Haldo—, no me dedicas nada de tiempo.

 —Estuvimos hace media luna de fiesta toda la noche en esa oikos secreta tuya.

 —Eso no fue nada; yo quería que hubiésemos pasado juntos todas las festividades de Selene, te dije que tenía unas mozas espectaculares para que compartiésemos. Había quedado con ellas después de su baño de Luna. No sabes cómo se abren las mujeres después de su purificación.

 —Esta conversación no me está interesando en absoluto, Haldo; tenía compromisos anteriores con mis lobas. Además, tus selenitas suelen estar locas de atar.

 —No hables así de las selenitas, su culto a la Luna me ha proporcionado los mejores jolgorios de toda mi vida.

Rhino miró detenidamente a su amigo de la infancia. Haldo era lo suficientemente atractivo como despertar pasiones, lo suficientemente carismático para que hombres y mujeres le siguieran, lo suficientemente inteligente para sacar provecho de cualquier situación. Eso, de por sí, le habría convertido en un peligroso rival a ojos de cualquiera que no fuera Rhino, pero este sabía que Haldo no estaba interesado más que en el uso del Gremio de Ladrones para no tener que cambiar su festivo modo de vida. Ambos convinieron en que los dos Gremios habían encontrado en ellos a los jefes perfectos: se querían, se respetaban y no deseaban iniciar, al contrario que sus padres, ninguna disputa que llevara a reyertas. La fachada de enemistad que mantenían fuera se debía precisamente a seguir manteniendo el control; nadie les respetaría si descubrían que simplemente querían vivir en paz.

 —Con esa fama de sanguinario que tienes no puedo entender cómo consigues que caigan rendidas a tus pies.

 —Precisamente es la peligrosidad lo que las excita. Pero les encanta pensar que ellas pueden ser las que hagan de mí una persona mejor —dijo Haldo, rellenando sendos vasos de lupia—. Yo sólo me pongo romántico y les hablo de cómo Selene y Helios se unían para aumentar la belleza y fortuna de ambos cuando los ritos por ellos terminaban.

—Haldo, eso es mentira. Los Libros de los Antepasados no dicen nada de amores entre la casta Selene y Helios.

—Eso no importa, ¿te crees que alguna de ellas sabe leer? Yo les hablo de amores prohibidos, aquellos que, supuestamente, no pudieron consumarse.

Haldo se levantó con gesto dramático de su asiento, un incómodo difros sin respaldo, alzando su copa al aire mientras declamaba:

 —Hermosa mía, tú y yo somos Selene y Helios esta noche, dos dioses caídos a la tierra destinados a unirse para perpetuar nuestro sagrado vínculo con la vida. Ahora que tu cuerpo florece gracias a tu hermanamiento con tus compañeras. Y aquí, Rhino, hago una pausa —Y Haldo acompañó sus palabras de un gesto, agarrando el difros, colocándolo junto al de Rhino y sentándose al lado para pasarle un brazo por los hombros— y miro hacia el otro lado por si en vez de con una estoy con dos, y les digo, atento, Rhino, les digo —Haldo carraspeó y puso ojitos de desesperación—: no sabemos qué nos deparará la vida, Selene es una amante celosa y es tarea nuestra velar por ella hasta la llegada de Eos, diosa de la Aurora, que querrá llevar a su hermana a su eterna morada. Seamos dioses guardianes por esta noche.

—Haldo, es imposible que eso te haya funcionado más de una vez. Seguro que lo cuentas en bucle. Y seguro también que me lo cuentas para que la próxima vez te acompañe en tus orgías.

—Normalmente ni me molestaría, llamaría a Tristtán y juntos nos apañaríamos

—¿Entre vosotros?

—No, so memo, para complacer a tanta moza.

—Por la compleja Iris que no sé por qué somos amigos, ¿no tienes otros a los que les puedas contar tus hazañas? Además, ¿tú no estabas de luto?

—No, ya han pasado tres lunas, he recibido varias ofertas de vírgenes viudas.

Rhino asintió con la cabeza. El periodo fértil de los hombres era tan escaso, apenas de unos tres ciclos, que los periodos de luto debían ser necesariamente breves. Rara vez las familias esperaban las tres lunas de luto que marcaba la ley si podían negociar rápidamente otra unión, aunque Haldo, en su calidad de jefe de los suburbios del Área Este no podía saltarse esta regla. Tampoco le importaba, dado que tenía asegurada su descendencia, pero la mayoría de los padres, cuando su hija política se quedaba embarazada, comenzaban la búsqueda de otra mujer por si esta moría durante el embarazo o el parto, algo por desgracia muy habitual.

También era muy frecuente que tanto un prometido o prometida se quedara sin futuro cónyuge si este moría antes de la boda. Al realizarse los Contratos de Matrimonio cuando ambos eran bebés nada garantizaba que llegaran a los diecisiete ciclos, edad de contraer matrimonio, con vida. El índice de mortandad siempre había sido muy elevado en Arcadia desde que podían recordar. Uno de esos misterios que algunos intentaban desentrañar. Algunos lo consideraban castigo de los dioses y la gran mayoría asumía que siempre había sido así.

Y ese no era el único problema. Los quince ciclos, a veces los dieciséis, era la edad habitual en la que se confirmaba la esterilidad o fertilidad de todo varón o hembra. La Semilla en los hombres y la Sangre de la Luna en las mujeres era lo que garantizaba que, de esa unión, quizás, podría haber descendencia. Desde la primera señal de fecundidad todos los jóvenes debían, luna tras luna, probar su estado ante el Tribunal de las Tres Gracias. La apuesta que se realizaba con los Contratos de Matrimonio no sólo era arriesgada, sino que podía resultar inútil. Llegabas a los quince ciclos, edad de la madurez, si no estabas trabajando ya se te apremiaba a que comenzaras como parte de tu preparación para la edad del casamiento y, sin embargo, después de todo ese esfuerzo podía ser que no fueras fértil. Lo llamaban el Reflejo de Hércules. Podía parecer que eras fértil una primera, e incluso una segunda vez, pero después de algunas lunas la Semilla o la Sangre te abandonaba y el Tribunal te declaraba estéril.

Si la pareja con la que estabas vinculado por Contrato resultaba estéril también, cosa que solía saberse en las mismas fechas, el casamiento podía realizarse. En caso de que uno de los dos resultase estéril y el otro no, cualquiera de las dos partes podía rescindir el Contrato a fin de que la parte fértil se uniera con otra que también lo fuera para así poder engendrar vástagos, uno de los bienes más preciados de aquel extraño mundo.

Rhino tenía dieciséis ciclos y llevaba casi uno como jefe del Área Oeste. En cualquier otra situación nadie habría considerado que un muchacho tan joven y, a ojos de sus adversarios, tan inexperto, pudiera mandar sobre todo un gremio, pero Rhino tenía tres factores a su favor; por un lado, su carisma natural, que, aunque tan diferente del de Haldo, también hacía que hombres y mujeres se sintieran atraídos por su personalidad, callada, misteriosa, nada dubitativa; por otro, su amplio conocimiento de los bajos fondos, herencia de ser hijo del anterior jefe, lo cual lo había convertido, como mínimo, en un contrincante no sólo digno, sino con derechos sobre el título; y tercero, pero no menos importante, había demostrado su virilidad a la edad de catorce ciclos, creando un revuelo en toda la ciudad, afianzando la opinión que todos tenían ya sobre él. Rhino el Engendrado era merecedor de ser su jefe.

Y ahora el joven líder se encontraba con su homólogo, otro excesivamente joven jefe, escuchando las excelencias y defectos de cada virgen viuda que luchaba por obtener su favor y convertirse en su esposa. Perdido en sus pensamientos contestó un poco al azar:

—Las vírgenes viudas son las más fogosas.

—Ah, pero también las más feas, siempre están marcadas por La Enfermedad.

—Pero también las más ricas.

—Rhino, ninguna será como Eila.

—Sí —afirmó este—, ella tenía carácter.

—Y que lo digas —asintió enérgicamente Haldo— y se necesita carácter para sobrevivir aquí. Aunque me hubiera encantado que me hubiera dado un hijo. Habría tenido ese inexplicable color aceituna de piel.

—No me puedo creer que te hayas casado tres veces —dijo Rhino meneando la cabeza.

—Y yo que tú no te hayas casado ninguna.

—Aún no he llegado a la edad que marca la ley.

—¿Qué más da? Te adelantaste un ciclo a la edad de la virilidad. Si eso no es motivo para contraer nupcias no sé qué lo será. Mírate, estás sano, no tienes una sola marca de Enfermedad en la piel y eres autosuficiente, respetado y rico, aunque vivas como un pordiosero. El hijo del gran Zarek, Rhino el Engendrado, debería haberse casado, aunque las leyes digan que no pueda.

—¿Como tú, Haldo el Disoluto, que lo hiciste a escondidas?

—Y aquí sigo —dijo el aludido, arrellanándose en su silla, alzando su copa y brindando al aire—, amado, respetado y temido y con seis hijos sanos.

—Teniéndolos de dos en dos cualquiera.

—No es como si hubiera hecho trampas —se encogió Haldo de hombros—, pero en tu caso, estás listo. Adara ya ha pasado la primera Sangre de la Luna y toda su familia está impaciente porque hagas la declaración de virilidad para empezar las nupcias —Haldo miró de reojo a su amigo—. A menos que no estés listo…

—No estoy listo, pero no tiene nada que ver con mi virilidad.

—Lo sé y eres un necio.

—Algunos queremos unirnos por amor, querido amigo.

—Sé que soy un cínico, pero también soy tan práctico como esta vida nuestra nos lo permite. La que iba a ser mi primera esposa resultó estéril y me casé en secreto con una chica que ya sangraba y que había sido mi primer amor. La segunda fue por compromiso y estando con ella conocí a mi tercera esposa, aquella que pensé que la diosa Afrodita realmente había destinado para mí. Pero murió. Y aquí estamos. Intentando ser prácticos en vez de dejar que los sentimientos puedan con nosotros. Rhino —Haldo dejó su vaso encima de la mesa y se inclinó hacia su amigo—, sé que ahora te puede parecer duro, pero somos responsables de la supervivencia de demasiada gente como para que aquella a la que nos unimos nos deba importar demasiado. Adara es fértil, hermosa y rica. Será una buena esposa.

—No sabes lo que dices, Haldo —dijo, con voz cansada, Rhino—. Adara es engreída, superficial y está obsesionada con el poder. Joder, si no fuera mi prometida desde el nacimiento cualquiera habría pensado que he elegido una mujer que se pareciera a mi madre.

—Y hablando de tu madre, ¿qué has liado en el mercado?

—No entiendo cómo has cambiado de tema, pero voy a seguirte la corriente. Aunque ha dado tiempo a que tus espías te lo comunicasen.

—No lo niego, pero es más divertido si me lo cuentas.

—No, no, deja de hablar de las mujeres de mi vida y hablemos de las tuyas.

—¿Las mías?

—Las putas.

Haldo no pudo por menos que echarse a reír por oírle usar el vocablo más vulgar, mientras Rhino mostraba una sonrisa que más parecía una mueca.

—¿Qué ocurre con mis grandes amores?

—Un cargamento destinado a las lobas ha desaparecido. Me han dicho que ha ido a parar a tu Área.

—¿Sabes cómo era el sello del paquete?

—La Garra y la Luna.

—¿Estás seguro de que no era una Cabeza de Loba?

—Haldo, sé distinguir los dos sellos de los lupanares oficiales. Era la Garra y la Luna del Lupanar de las Lobas en mi Área, al Oeste.

—Está bien, te creo. Pero te vas a llevar una decepción, por aquí no ha pasado paquete alguno. Y lo sé bien porque llevo toda la mañana en el Lupanar de las Lupercas, en mi Área.

—No sé cómo no estás exhausto tras las festividades de Selene.

—Jajaja, soy inagotable. Pero no, no se trataba de eso, estaba resolviendo precisamente disputas surgidas durante las fiestas. La verdad, Rhino, la gente no sabe emborracharse sin crear problemas.

—¿Algo que yo deba saber?

—No, en realidad no. Alguna falta de respeto a alguna mujer que necesitaba de castigo. Algún cliente del lupanar que se fue sin pagar y por supuesto muchas deudas de juego por el tobo.

—¿Por qué no haces como yo y pones en tu Área un máximo en las apuestas?

Haldo suspiró:

—Igual debería. No entiendo cómo un simple juego de fichas rectangulares puede enardecer tanto a la gente. ¿Quieres echar una partida?

Rhino se echó a reír, pero le miró con asombro:

—¡No tienes remedio! De veras que no aprendes. Además, ¿alguna vez me has ganado tú al tobo?

—La esperanza es lo último que se pierde —Y Haldo sacudió una bolsita que colgaba de su costado incitándole a divertirse un rato con él. Pese a las reyertas, Haldo no cambiaba las normas porque él también disfrutaba con este juego.

Rhino meneó la cabeza.

—Estoy reventado, llevo días sin dormir bien y tengo que ocuparme de la caravana antes de que caiga la déile.

—¿Nos veremos pronto?

—Por Horkos, buscaré hueco para que nos veamos como es debido.

Y Rhino se llevó tres dedos a su cara y se tapó el ojo con ellas. Esto no era sólo un signo identificativo de su pertenencia al Gremio de Ladrones del Área Oeste, también era usado a menudo por sus integrantes cuando realizaban un juramento o compromiso. El ojo simbolizaba la vigilancia constante, mientras que los dedos expuestos eran un aviso para aquellos que desearan mostrar su agresividad. El hecho de que las yemas de los dedos señalaran al resto en vez de a uno mismo eran el recordatorio de que el Gremio siempre cumplía sus promesas y se tomaba en serio las maldiciones. Su amigo asintió sonriendo. Puede que no creyera mucho en los dioses, pero Rhino se tomaba sus promesas muy en serio.